

El día que supo que su vida no tenía sentido, David decidió darle una dirección. Llevaba meses sintiéndose así: no quería estudiar, había trabajado por temporadas y abandonaba o hacía que lo despidieran; intentó hacer deporte o algo de música, pero todo le aburría o cansaba. Incluso, llegó a pensar en tener un hijo con una amiga (solo para justificarse y ver si era eso lo que necesitaba: tener una responsabilidad). Halló a la mujer idónea, dispuesta, pero se arrepintió en el último momento al convivir un fin de semana con sus sobrinos.

Se sentía abrumado. Deambulaba sin entender nada; no estaba deprimido, solo se sentía cansado de todo, hasta de la nada, con gran desinterés por lo que le rodeaba.

Vegetal que se mueve se lo lleva la corriente.

Llegó a las tres de la tarde a ese restaurante chino, comería solo, como hacía meses; a él le daba lo mismo, así como ir al cine solo o al café (muchos no soportan comer sin compañía). Comenzó a servirse el bufet: un caldo con fideos y verdura, *chop suey*, cerdo agritudulce, arroz cantonés, pollo satay, muchas verduras, salsa dulce de soya, rollitos de harina y té con galletas de la suerte. En la segunda tanda, sin que el hambre menguara, con el olor a especias y a ajo frito, se sirvió las famosas costillitas rojas, pero algo le llamó la atención: el color era artificial, demasiado rojas. Las miró detenidamente, las alzó y examinó. No parecían de cerdo, los huesos se veían pequeños, delgados, y había algo como cartílagos también. De pronto se le fue el apetito al recordar las leyendas urbanas; qué tal que eran de rata. Pagó y salió a la calle.

Nunca había sentido lo de hoy: disfrutaba esa comida, era de sus favoritas, con gran sazón, copiosa y diversa, que llenaba el estómago y luego se disipaba sin

CANTONÉS

Irving Ramírez

pesadez; los fideos, los camarones, el brócoli, y ahora ...

Esa noche, rondó el local y esperó a que cerraran. Había un pasillo al costado y lo siguió hasta salir a la parte posterior de la cocina: era un patio mugriento, y hasta allí oía la cháchara en mandarín de la joven pareja dueña del local. Escuchó de pronto un maullido, luego otro y vio un gato en la barda del patio mirando hacia abajo: era amarillo; siguió la dirección de su vista y halló, bajo un lavadero, una jaula. Allí cuatro gatos gordos respondían al intruso; observó alrededor y notó la basura, un tampo circundado de moscas. Se acercó y, al abrir, casi vomita: estaba lleno de vísceras, sangre y pelos.

Los gatos me eran indiferentes; los chinos me parecían desagradables; se dice que se comen los fetos humanos. Son tantos millones, más de mil trescientos, que debe ser difícil alimentar a todos. Por eso no discriminan, toda proteína sirve, incluso de insectos. Como sea, era una raza aparte, encerrada en su muralla cultural, entre su rica filosofía, su arte y su historia de luchas y carnicería. Si los extraterrestres fueron nuestros ancestros, ellos serían el eslabón perdido. Ni hombres ni animales. Simples, delgados, como de hule y plástico. Afanosos en la eficiencia, apartados de lo humano. Ni comunistas ni capitalistas, ni imperiales ni nacionalistas: nada atractivos. Sus ojos escudriñando desde una rendija como espionando el mundo de lejos.

Recordé la fascinación que ejercieron sobre uno de mis escritores favoritos, Salvador Elizondo, solo por su fineza en la tortura. Lo dicho: son inhumanos.

Se retiró conteniendo las náuseas por el hedor putrefacto. Con cautela, se acercó a la jaula y descorrió el pasador dejando salir a los gatos. Tuvo un mareo y se sostuvo de la pared.

Al otro día, sabía cuál era su misión.

Comenzó a frecuentar restaurantes chinos: finos y ordinarios, falsos o reales. Comía ahí, pero evitaba lo que no fuese pollo o mariscos. Pasaba el tiempo observando o analizando. El resto del día husmeaba en los callejones, rastro y tiendas de animales. Ni siquiera le gustaban los gatos, pero ahora su vida tenía un propósito. Buscó noticias donde se hablaba de esa práctica oriental de comer perro, gato, rata, serpiente o murciélago. Leyó artículos donde, en una ciudad lejana de su país, un local chino fue clausurado por servir carne de perro. O en Wangfufing, en una de las provincias chinas que comen muchas especies de mariposas, termitas, abejas, avispa, cucarachas, saltamontes, polillas, grillos. Allí se ven los escorpiones negros o las arañas patonas en palos, asadas; larvas guisadas como un manjar gastronómico en los puestos del tianguis, lo investigó. Para ellos la comida es un ritual importantísimo.

XX. De la serie *Unus Mundus*.

No paró de acecharlos. Tenía mucho tiempo libre. Le dio asco saber que había una granja en las afueras donde desollaban gatos. Aún no sabía cómo actuar: si li-

berarlos o atacar a los verdugos; si denunciar o exhibirlos en la prensa. Al principio, los chinos lo creyeron un cliente habitual pero luego vieron con desconfianza su

inspección descarada y cómo fijaba con asco su atención en los comensales que degustaban las famosas costillitas rojas. Y, ante la desaparición de sus criaturas, lo hostilizaron.

Lo atendían con descortesía. O le informaban que iban a cerrar. Comenzó a odiarlos. *Esos seres que se multiplican sin cesar y comen alimañas: amarillos, endogámicos, con su cháchara incomprensible. Son sucios y extraños: no parecen humanos.*

Casi vivía ya en el barrio chino. Notó que no tenían mascotas; claro, se las comen, pensó. Investigó su historia y supo de las tremendas sequías que obligaron a campesinos de varias dinastías como la Ming a comer raíces y morir por miles de hambre. Un pueblo extraño, se dijo otra vez. Leyó *La buena tierra* de Pearl S. Buck, *La condición humana* y *Los conquistadores* de Malraux.

Se planteaba si las ratas tenían el mismo derecho que gatos y perros de ser salvas. No, concluyó; no me importan los humanos que ingieren inmundicias: me interesan las criaturas silvestres que no deben ser sacrificadas. Liberó a más gatos con argucias, atrevimiento y oportunidad. Si ese sería en lo sucesivo su *leitmotiv*, tendría que moverse. Ir de ciudad en ciudad, de país en país. Un libertador de gatos.

Supo del festival de Yulin, “del horror”, en China, donde mataban cientos de gatos y perros para cocinarlos. Cada vez se convencía más de su labor. Se enteró del sufrimiento infligido a las bestias, y de que ellos mismos los comían en sus negocios. Usó técnicas sofisticadas de liberación de felinos. Alguna vez fue perseguido en un callejón por un grupo de furibundos orientales con cuchillos; otra, acusado con la policía, que lo interrogó; ya era rechazado en algunos establecimientos, insultado, prescindía de comer allí y rondaba

desde fuera los lugares llenos de comensales. Y, en contraparte, organizaciones animalistas saludaban al liberador anónimo de gatos.

Aunque los felinos parecían no agradecerle, ellos sabían –estaba convencido–, no obstante su famoso carácter indiferente. Un gato rescatado era un triunfo contra el salvajismo y la crueldad.

Un día despertó sobresaltado. ¿Por qué vivían? Duermen todo el día, comen, defecan, se aparean y acicalan, y vuelven a dormir. Y así al otro día lo mismo y siempre. Se sintió desconcertado. Inquieto. Pensó mucho en ello: los gatos son ejemplo de que la vida no tiene sentido: no crean nada, no trascienden, solo vegetan sin un porqué. En ellos el tiempo fluye laxo como una condena. Fue a casa de su hermana, que tenía siete, y los observó todo el día. Pero, además, al acariciarlos y oírlos ronronear pensaba que ellos eran ignorantes de su vida vacía y parecía no importarles. Nunca se cuestionaban nada, no se afligían, no buscaban dejar huella o justificar su estadía en el mundo. Solo se preocupaban por comer y dormir. La vida fútil, sin razón, la pereza, el vacío...

Y volvió su desazón y abulia y perplejidad.

Al anochecer, caminó hacia el parque y fumó un cigarro tras otro mirando a la nada. Y de entre los matorrales, surgió un gato amarillo; lo miró atentamente a los ojos con ese su haz magnético; hasta nervioso se puso porque este le sostuvo la mirada, como solo los gatos saben hacer; sus hermosas pupilas dicen mucho y nada, pensó. Y el animal se fue pavoneándose lentamente.

A media mañana del otro día, su hermana le llamó histérica por teléfono: sus gatos habían desaparecido. Él la consoló. Ya volverán –le dijo–. Así son los gatos. Y sonrió. **LPyH**



XX. De la serie *Unus Mundus*.

Irving Ramírez (Xalapa, 1961) es novelista, poeta, cuentista, ensayista, periodista y guionista. Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UV y la

maestría en Comunicación (modalidad de Guionismo) en la Universidad Intercontinental. Fue fundador y director de la revista *Anónimos suburbios*.